

encienden el fuego de las pasiones, y por ellos inspira el amor á la sensualidad, á las riquezas, á la vanagloria y á los engaños. La mentira es la cualidad natural de estos demonios; quieren ser tenidos por dioses, y que su principal poder sea mirado como la divinidad suprema.»

Y lo que este filósofo gentil decía, nos lo asegura, por desgracia, la experiencia de los siglos, principalmente la del actual, y nos lo confirman desde tiempos remotísimos algunos de los libros de la sagrada Escritura. De los formidables esfuerzos que incesantemente despliega Satanás para perder á los hombres, hasta el punto de excitarlos por medios ingeniosísimos á que con él estrechamente se comuniquen, nos hablan bien claro los sagrados libros de Moisés; y nadie habrá que á los escritos de este célebre caudillo é inspirado legislador niegue el crédito que se merece, siquiera bajo el punto de vista histórico; sería esto muy poco razonable despues que de una manera tan expresiva han dado testimonio de su veracidad los más obcecados racionalistas. Escribia Renan en la *Revue des Deux Mondes*: «Si atentamente miramos en su conjunto el desarrollo del espíritu hebreo, nos llama la atención este elevado carácter de *perfeccion absoluta* que da á sus obras el derecho de ser miradas como clásicas. . . . Sólo entre los pueblos de Oriente, Israel ha tenido el don de escribir para el mundo entero.» En la misma revista decía Littré el 1º de Julio de 1857: «Los libros de los hebreos son los más lejanos entre los monumentos escritos que poseemos, y fuera de ellos no hay más que leyendas, tradiciones y conjeturas.» Y otro impío llamado Salvador, tan incrédulo como los anteriores, se expresa en los siguientes términos: «En la sagrada antigüedad, Moisés, hombre de acción, profeta é historiador por excelencia, es evidentemente el genio predominante, el gran maestro. Pongamos de nuevo la cuestión sobre el terreno, de que hace tiempo ha sido alejada. Si los trabajos de Moisés le merecen una gloria real, lejos de poder compararse con ella la grandeza de Egipto (cuya ciencia poseyó), no hará más que realzarla; porque esta última ha desaparecido, y apenas basta todo el arte de las investigaciones para seguir sus huellas; pero *Moisés ha vencido, y sus obras son leídas con grande honor en todas las naciones.*»

Pero fuera de lo que Moisés nos dice en algunos de sus sagrados libros, ¿no estamos viendo por desgracia con cuánto ardor se preocupan muchos, desarrollando esos trascendentales y funestísimos sis-

temas de intuiciones anímicas, éxtasis psicológicos, adivinaciones que algunos llaman naturales, y fuerzas elementales y magi-magnéticas de la naturaleza, que tanta perturbacion causan en la sociedad y tantos é irreparables daños en las almas? De las pretendidas apariciones de Teseo marchando á la vanguardia de los griegos en la batalla de Maraton, de las hijas de Scedacio errando al rededor de sus sepulcros, y de otras consejas por el estilo, viene en gran parte ese triste empeño de evocar espíritus y de relacionarse con Satanás. De cuentos de este género «viene, dice Quintiliano, la aparicion de las almas evocadas, la vista de su imágen, de sus semblantes y de su cuerpo, los oráculos y preceptos nocturnos, las fiestas infernales y el honor que se tributa á sus sepulcros.» Verdaderas bibliotecas han sido escritas en este siglo en Alemania, Inglaterra y Francia acerca de las apariciones *transmundanas* de los espíritus; y por más que se las atribuya á la «acción objetiva de un agente físico todavía desconocido,» ó á la «perturbacion subjetiva del sistema nervioso por efecto de cualquier desórden en la circulacion nerviosa ó sanguínea,» ó al desarrollo psico-fisiológico de cualquiera facultad latente que pueda producir el llamado éxtasis, no faltando entre los más serios pensadores de este género quien lo atribuya tambien á charlatanería; ello es que con toda verdad interviene en esas operaciones, la mayor parte de las veces, el espíritu infernal. Porque son fenómenos que exceden las fuerzas humanas, y aun las naturales humanamente aplicadas, tales como indicar las cosas ocultas, hablar en lenguas desconocidas, y otras de este género: atribuirlo á Dios Nuestro Señor ó á los ángeles buenos, sería blasfemia, pues se trata de medios ridículos y fines nada honestos; únicamente, pues, á Satanás pueden ser atribuidos. Y á juegos abominables de esta clase se referia tambien S. Pedro Crisólogo, cuando decia: «*El que quisiere jugar con el diablo, no podrá gozarse con Cristo.*» En el *Gémara* se refiere de un modo bastante expresivo la intervencion que en estas apariciones trasmundanas tenia el espíritu infernal: «El nigromante, segun la tradicion, despues de haberse preparado con abstinencias, dirigiase al sepulcro, y allí pasaba la noche para que viniese á hablarle el espíritu impuro.» A esto añade el *Raschi*: «En el sepulcro habia un demonio *que se agregaba al espíritu*, para ayudarle en esta obra mágica.»

¡Cuánto mejor no les estaria á esos espíritus criminalmente curiosos meditar sobre aquellas palabras sapientísimas que á su compa-

ñero Fray Reginaldo, agitado un día del deseo de penetrar el inescrutable misterio de la Predestinación, decía San Francisco de Asís: "*Basta la ribera del mar para lavar los pies, las manos y todo el cuerpo; necio es el que quiere escudriñar cosas altas ú ocultas: basta la ciencia de vivir santamente.*" Y esta culpable necedad la castigaba Dios Nuestro Señor en el capítulo 20 del sagrado Libro del Levítico con pena de muerte: "*Hombre ó mujer, en quienes hubiere espíritu pythónico ó de adivinación, mueran irremisiblemente: los matarán á pedradas: su sangre sea sobre ellos.*" Siglos despues, el mismo emperador Tiberio decretó se quitase la vida á los magos y astrólogos extranjeros, y fuesen desterrados los del país. ¿A qué recordar las leyes de otras muchas naciones y las penas canónicas á que estaban sujetos los que de un modo más ó ménos ostensible tenían relaciones con Satanás? En nuestros días ha cundido tanto, por desgracia, esta funestísima manía de evocar á los espíritus y relacionarse con el demonio, que no serán muchos tal vez los que entre vosotros ignoren que á Satanás, el eterno enemigo de Dios Nuestro Señor, han tenido la inconcebible temeridad de tributar alabanzas y rendido culto hombres sobremanera desgraciados, blasfemos y abiertamente impíos. Y aunque el alma tiembla al recordar estas blasfemias horribles, preferimos renovar Nuestro angustioso dolor, para daros la voz de alerta, y haceros conocer el verdadero fin á que tienden esas evocaciones de espíritus, ese horrendo pacto, más ó ménos explícito con Satanás: ese fin es la deificación del demonio, el adorarle como dios. Hé aquí las pruebas.

En nuestros días, Schelling tuvo valor para decir: "Satanás, este principio móvil de la historia (la cual sin él arribaría á un estado de estancamiento y de sueño) es una potencia recibida en la economía de Dios, á la cual debemos el *respeto* que se merece toda autoridad *legítima.*" M. Eliphaz Lévy no vaciló en asegurar que: "El diablo, que ha sido *calumniado* de fealdad, no es más que una luz astral que atrae como el iman." Y á estos no les iba en zaga el *Journal des Débats* cuando decía ya en 1855: "Satanás nunca fué más que un revolucionario infeliz, al que la necesidad de acción impulsó á arduas empresas, y la Edad Media pintó á su placer, feo, embustero, torturado, y con el cual nosotros hemos venido á ser muy indulgentes." Pero entre tan escandalosas blasfemias, que no pueden ménos de hacer temblar al hombre más indiferente que no haya llegado todavía á ese extremo de delirante impiedad, no pueden leerse sin horror estas que

el desgraciado Proudhon ha tenido la infernal locura de estampar en una obra abominable: "Ven, oh tú, amado de mi alma, oh tú, el calumniado del siglo; ven, Satanás..... A mí, Satanás, por más que tú seas el demonio que la fe de mis padres opuso á la Iglesia y á Dios; yo anunciaré tu palabra! Ven, Satanás, ven, el *calumniado* por los sacerdotes y los reyes; que yo te abrazo y te estrecho á mi corazón... Mucho tiempo hace que te conozco, y tú me conoces también.—*Espera* todavía, oh proscrito! Yo no puedo poner á tu servicio más que una pluma, pero vale más que millones de boletines."

Ya lo oís, Hermanos é Hijos Nuestros amadísimos: los adoradores de Satanás lisonjean sus implacables odios y sus destructores planes, diciéndole que *espere*, mientras ellos se encargan de prepararle los caminos de su reinado sobre la tierra. ¿Puede darse lenguaje más temerario y más impío? ¿Hubieran hablado mejor en favor de Satanás los mismos demonios? ¿Vais comprendiendo cuál es el disimulado fin de esa nueva y asoladora herejía de evocaciones de espíritus y de relaciones satánicas?

Preguntaba en Viena el célebre P. Deschamps á uno de los sabios más distinguidos: "Puesto que el Protestantismo se disuelve en el Racionalismo, y no siendo posible que éste llegue á ser popular, ¿qué errores serán los que en adelante abracen aquellos que se empeñen en apartarse de la verdad?" A lo cual respondió el sabio: "Todo indica el advenimiento de cualquiera nueva forma de *theurgia* (magia) y de *superstición.*" El recuerdo de esta contestación, añade el P. Deschamps, me impresionó, y no podía ménos de impresionarme al ver que de ambos mundos se ha apoderado la fiebre de los espíritus. El hecho sorprendente de esta aparición basta, no se puede negar, para hacernos reconocer *con evidencia* la posibilidad de volver á aquella idolatría, de la cual nos ha dicho San Pablo en su primera Carta á Timoteo: "*El Espíritu de Dios dice abiertamente que en los últimos tiempos muchos abandonarán la fe adhiriéndose á los espíritus del error y á las doctrinas del demonio.*" ¡Ah! No permita Su divina Majestad que esto suceda en la Nación mexicana, siempre y con tan maternal cariño protegida por la Santísima Virgen de Guadalupe! ¡Que entre esos *muchos* no se cuente ninguno de Nuestros amadísimos diocesanos, á quienes, para advertirlos de este peligro gravísimo, dirigimos estas tristes consideraciones impulsados por Nuestro paternal amor!

Es deber Nuestro ántes de poner fin al asunto correspondiente á este

domingo, recordar á Nuestros muy amados diocesanos las prevenciones que el año anterior hicimos acerca de la irregular y peligrosa costumbre de celebrar las *Posadas*, fuera de los casos en que, por tratarse de individuos de la misma familia ligados entre sí con estrechos vínculos de parentesco, no haya peligro alguno. Y de nuevo encargamos á Nuestros amadísimos cooperadores los señores párrocos, vicarios, predicadores y confesores, empleen su reconocido celo en excitar á todos al cumplimiento de dicha disposición. Así, buscando con pureza de corazón al divino Niño Jesús, que benignísimo baja de los cielos ansioso de reinar en nuestras almas y de enriquecerlas con sus preciosos dones, le encontraremos por nuestra dicha; que no puede haber sobre la tierra mayor felicidad para el alma, que unirse íntimamente con su Dios por medio de la gracia santificante, huyendo todo género de peligros en que pueda naufragar la inocencia.

Y en esta sagrada época de Adviento clamemos fervorosos al Señor, adhiriéndonos con todo empeño al espíritu de Nuestra santa Madre Iglesia, que con instancias ruega á su divino Esposo Jesús se digne favorecerla con dignos ministros. Porque son muchas y muy graves las necesidades de la sociedad en el presente siglo, y extenso sobremañera el campo en que los nuevos sacerdotes deberán ejercitar su espíritu apostólico y su ardiente caridad en favor de las almas.

III

La santa Iglesia propone á nuestra consideración en este tercer Domingo de Adviento el siguiente pasaje evangélico, que nos refiere el evangelista San Juan: "*Y hé aquí el testimonio que dió Juan, cuando los judíos le enviaron de Jerusalem sacerdotes y levitas que le preguntasen: ¿Quién eres tú? Porque él confesó la verdad y no la negó, y confesó: No soy yo el Cristo. Preguntáronle, pues: ¡Qué! ¿Eres Ellas? Respondió: No soy. ¿Eres profeta? Y respondió: No. Dijéronle ellos: Pues ¿quién eres para llevar la respuesta á los que nos enviaron? ¿Qué dices de tí mismo? Yo soy, dijo, la voz del que clama en el desierto; enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías. Y los que habían sido enviados eran fariseos, y le preguntaron: Pues ¿por qué bautizas si no eres Cristo, ni Ellas, ni profeta? Respondióles Juan diciendo: Yo bautizo en el agua; pero en medio de vosotros está uno que vosotros no conocéis. Ese es el que ha de venir despues de mí, que fué*

preferido á mí, á quien yo no soy digno de desatar la correa de los zapatos. Estas cosas pasaron en Bethania, del otro lado del Jordan, donde Juan bautizaba."

A muchas y profundas meditaciones se presta, amadísimos Hermanos é Hijos Nuestros, esta pregunta que al santo Precursor dirigian los fariseos: *¿Quién eres tú?* Despues de hacérnosla cada uno á nosotros mismos reconociendo humillados nuestra miseria, hagámosla en nombre de Dios Nuestro Señor á aquellos infelices, que víctimas del feo vicio de la embriaguez, yacen con frecuencia en un estado sobre toda ponderación deplorable, que apenas puede conciliarse con la dignidad de hombre. *¿Quién eres tú?* Es admirable el grado de nobleza á que Dios ha elevado al hombre, pues de él dice divinamente inspirado el Real Profeta: "*Hicistele poco menor que los ángeles, le has coronado de honor y de gloria, y le has constituido sobre las obras de tus manos.*" En estos términos se expresaba David en el salmo VIII; y en el XLVIII, como si en el hombre hubiese advertido algun cambio notabilísimo y sustancial, dice: "*El hombre cuando estaba en honor, no lo entendió; ha sido comparado á las bestias insensatas, y se ha hecho semejante á ellas.*" ¿Cómo se explica tan rápido y lamentable descenso? Estaba el hombre en honor, y *no lo entendió*; porque el que tiene la desgracia de ser esclavo del vicio de la embriaguez, no puede entender la grandeza de su dignidad. "*La embriaguez, dice San Isidoro, causa perturbación en el alma;*" y San Bernardo añade que "*el vino sin medida ofusca la mente;*" verdad ciertísima, que nadie con más razón que las tristes víctimas de esa insana pasión puede comprobar. Y ya no sólo los santos Padres, sino los filósofos gentiles como Séneca, convienen en calificar de insensatos á los ebrios, diciendo: "*Mira cuántas locuras hacen los ebrios, de que se avergüenzan los sobrios; porque la embriaguez no es más que una locura voluntaria.*" Y cierto que si examinásemos muy por menor la trascendental irregularidad de esas locuras, y por otra parte la grandeza del alma racional, no acertaríamos jamás á comprender qué relación pudiera existir entre unas y otras. "*Contemplad á un ebrio,* dice el Rmo. P. Roothan, S. J.; *¿qué pensáis acerca de él? ¿Qué diferencia notáis entre él y el bruto? en las manos? en los piés? en los ojos? en la boca? Todo esto tienen también las bestias; pero de ello usan mucho mejor. ¿Por ventura os fiaríais de ese hombre para un asunto de importancia? á tal comerciante, ¿entregaríais vuestro dinero? á tal abogado ¿confía-*

riaís vuestro pleito? ¿respetaríaís á ese, si fuese vuestro maestro? ¿admiraríaís tal criado á vuestro servicio? ¿le recibiríaís por esposo?" Tristísima es la pintura que de esos desgraciados, con más ó menos frecuencia sometidos á la vergonzosa influencia de los licores espirituosos, hacen los santos Padres y los filósofos. Valga por muchas esta breve reflexion que hace San Juan Crisóstomo: "*¡Cuánto más dignos que un ebrio aparecen un perro y un jumento! Todos le abominan, considerándole como el oprobio del género humano!*" Baste decir que el espectáculo de un hombre entregado á la embriaguez era tan intolerable á los mismos lacedemonios, que para inculcar en la juventud el horror á este vicio, solian á veces embriagar á un esclavo á fin de que todos conociesen y abominasen los repugnantes efectos de la embriaguez.

Eclipsar de tan triste manera el brillo de nuestra alma nobilísima, no puede ménos de desagradar á Dios Nuestro Señor: por esto es pecado mortal no sólo la embriaguez completa, sino que muchas veces lo es tambien aun en otros casos, ó por razon del peligro probable de no poder discernir el bien del mal, ó por el grave daño que á sí mismo se ocasiona el ebrio, ó por el abandono é indignencia á que por sus gastos excesivos reduce á su familia, ó por contraer deudas que no puede satisfacer. Es tambien pecado mortal, aunque no quede suspenso el uso de la razon, cuando aun en este caso suele el ebrio cometer ciertos pecados, ó ve que probablemente se expone á peligro de cometerlos; cuando por sus circunstancias especiales prevé que se originará algun escándalo; y cuando, aun sin tales peligros, cifra en estos excesos la satisfaccion de su vida, prefiriendo estos gustos miserables al amor purísimo que debe á su Dios. Todos éstos desgraciados están formalmente contenidos en aquel formidable anatema que nos recuerda el apóstol San Pablo en su primera Carta á los fieles de Corinto: "*Ni los libidinosos, ni los idólatras, ni los adúlteros..... ni los ebrios..... poseerán el reino de Dios.*" San Cirilo de Alejandría dice que así como la abstinencia es la madre de todas las virtudes, "*la embriaguez es el semillero de todos los vicios.*" Y bien claramente se quejaba de esto el Real Profeta en el Salmo LXXII, cuando decía: "Por eso se apoderó de ellos la soberbia; cubiertos están de sus iniquidades é impiedad..... Pusieron contra el cielo su boca, y la lengua de ellos anduvo por la tierra." La causa de tan temeraria impiedad la atribuye el Espíritu santo á la embriaguez; porque "*como*

de la grosura (es decir, de la gula y de la crápula) *nació su iniquidad, pasaron al efecto de su corazon,*" satisfaciendo todo género de indignas pasiones; porque "*es la embriaguez, segun San Juan Crisóstomo, la fuente y el fundamento de todos los males.*"

Es, además, contraria á la salud y acorta la vida; por eso decía de ella San Ambrosio: "*Aténtase á la vida del cuerpo con el veneno, á la del alma con el vino; la embriaguez es nociva á la salud corporal; contra la del espíritu comete además un crimen.*" Y ¡cuántos, que no tienen bastante fuerza de voluntad para vencerse renunciando á este vicio tan humillante, van poco á poco contrayendo nuevas enfermedades y acaban con una muerte prematura! Porque escrito está en el sagrado libro del Eclesiástico: "*Muchos murieron á causa de la embriaguez; pero el abstinentes alargará su vida.*"

¿Cómo no deplorar los vergonzosos excesos de la embriaguez, tan generalizada en las más de las clases sociales, inutilizadas casi por completo, á causa de ese vicio, millares de inteligencias que hubieran podido ser preclaras, multiplicadas por todas partes las enfermedades, acortada en muchos la vida, y arrebatados tantos otros á sus familias extinguida su existencia en la flor de su edad? Sabido es aquel proverbio: "En la mesa nadie envejece," que algunos han interpretado con poco acierto, diciendo que la alegría de los convites rejuvenece á aquellos que los frecuentan; pero su verdadero sentido es, que aquellos que gustan de comer inmoderadamente y beber con exceso, no envejecen, sino que mueren ántes de tiempo. A este propósito decía San Ambrosio: "*¿Excítalos á que se alegren? Los obligas á la muerte.—¿Invítalos á comer? Es que quieres conducirlos al sepulcro.—¿Ofrécesles viandas? Les proporcionas tormento.—¿Bríndasles con vino? Esparces veneno.*" Todo esto dice el santo Doctor al hablar de ciertos convites, en que de ordinario reina, no la cristiana caridad, sino la intemperancia.

La embriaguez no sólo arruina la salud y acorta la vida, sino que empobrece. "*El que ama banquetes, en pobreza estará; el que ama el vino y el buen bocado, no se enriquecerá,*" dice el sagrado libro de los Proverbios. No intenta con esto darnos á entender el Espíritu santo que hayamos de descuidar el proporcionarnos necesario alimento, puesto que Cristo Nuestro Señor nos invita á que digamos en la oracion: "El pan nuestro de cada día dánosle hoy," y á que le busquemos por medio de honrado trabajo. Lo que reprueba es el afecto

excesivo, la superfluidad, la avidez, las delicias de los manjares y de la bebida, y el regalo del paladar. Y al pensar en esto, Hermanos é Hijos Nuestros amadísimos, ¡qué amargas consideraciones se Nos ofrecen! Vemos con el más intenso dolor que se profanan de la manera más escandalosa los días de fiesta, días sagrados que el Señor se ha reservado para Sí con el fin de que el hombre descanse de sus ordinarias fatigas, y en ellos le tribute especiales adoraciones y culto más solemne. Pues bien; habreis observado ya más de una vez que á proporcion que cunde esta impía despreocupacion, esta rebelion escandalosa y temeraria contra la ley santa de Dios, profanando con serviles trabajos los días festivos, extiéndense por todos los pueblos misteriosos cambios de fortuna, inesperadas calamidades, la escasez y el hambre. Es ya muy antigua la sentencia de que lo adquirido contra la ley de Dios, especialmente en los días de fiesta, vendrá á constituir el honorario de los boticarios y de los médicos; porque Dios Nuestro Señor suele amorosamente castigar con enfermedades más ó ménos prolongadas pecados de esta naturaleza. Unido á ese funesto desórden, del cual deberiamos avergonzarnos ante los protestantes, los judíos y aun los mahometanos, que á su modo santifican escrupulosamente sus fiestas; la Religion y la Sociedad vense precisadas á lamentar otro de no menores proporciones, y que no ménos debe humillarnos tambien á los ojos de Dios y de los hombres. Nos referimos á esa costumbre tan poco culta como fecunda en abominaciones y crímenes de toda clase, al vicio de frecuentar las cantinas, especialmente en los días de fiesta, gastando en ellas muchos infelices la mayor parte de las ganancias de la semana, derrochando en repugnantes excesos lo que debiera emplearse en alimentar á la familia y cubrir cristiana y decentemente su desnudez, agotando, en fin, con todo género de intemperancias las fuerzas que debieran cuidadosamente conservar para el trabajo. Mucho se habla y con frases demasiado enfáticas se preconiza la virtud del trabajo; pero ¿quién como la Iglesia ha sabido reglamentarle jamás para que el hombre, incomparablemente superior á las máquinas, conserve en él su salud y santifique su alma? Si dóciles á la ley de Dios y á la direccion de la Iglesia, los hombres se abstuviesen del trabajo en los días festivos, rindiesen al divino Hacedor el debido culto, y abominasen la embriaguez y todo linaje de criminales excesos; la salud del trabajador se conservaria más fuerte y vigorosa para poder trabajar el lunes y los

demás días de la semana, estaria más serena su inteligencia, más sumisa su voluntad, más acrisolada su honradez, y mejor dispuestas sus facultades para toda clase de honestas y útiles empresas.

Por desgracia, el menosprecio con que muchos miran el cumplimiento de la divina ley, las perversas doctrinas y los escandalosos ejemplos que por donde quiera se exhiben, con tan osada despreocupacion producidos, que no parece sino que han adquirido ya en las sociedades católicas carta de naturaleza, hacen que entre nosotros se verifiquen tambien aquellas tristes palabras del sagrado libro del Eclesiastés: "*Todo el trabajo del hombre es para su boca; mas su alma no se llenará.*" Sí; esta desconsoladora pintura es, por desgracia, entre nosotros tristísima verdad: todo cuanto ganan muchos de los infelices ebrios en su penoso trabajo, apénas alcanza á satisfacer las exigencias del asqueroso y degradante vicio de la embriaguez; y gastado todo *en la boca*, segun las inspiradas palabras del Sabio, el alma ¿cómo se ha de *llenar*? ¿Cómo ha de conservarse en el corazon de esos desventurados el verdadero temor de Dios, que hace aborrecible el pecado y amable la virtud? Hombres que en estos enervadores excesos han agotado ya casi todas sus fuerzas y entorpecido sus facultades intelectuales, ¿para qué sirven ya en la sociedad? Acostumbrados á vivir sin moderacion, sufriendo con frecuencia en ellos no pocas quiebras el decoro, sin aspiraciones dignas, sin más freno que en sus extravíos los contenga, que el temor del castigo, ¿cómo pueden ser gobernables? ¿qué garantías de integridad, de honradez y de inteligencia pueden ofrecer á sus superiores?

No es extraño que hasta los mismos paganos atendiesen con leyes oportunas al bien de sus pueblos prohibiendo la embriaguez. El mismo Platon decia: "Con mayor eficacia todavía que los Cretenses y los Lacedemonios, mandaban los Cartagineses que nadie se atreviese á gustar el vino en los campamentos, sino que en todo el tiempo que durase la campaña bebiesen agua. Y á los magistrados en todo el año que hubiesen de desempeñar su cargo, y á los gobernadores y jueces miéntras lo fuesen, prohibieron el uso del vino." El Espíritu santo, con el fin de anunciarnos algunas de las justas calamidades que llueven sobre los ebrios, pregunta en el sagrado libro de los Proverbios: "*¿A quién el ay? ¿á qué padre el ay? ¿á quién las rencillas? ¿á quién los precipicios? ¿á quién las heridas sin causa? ¿á quién el enturbiarse los ojos? ¿Acaso no son para aquellos que se detienen largo tiempo en*